

lutíferas que no prosperan ni se dan en la rasa campiña, el receptáculo de muchos metales y minerales necesarios para las artes y la industria y cuya generacion no podria hacerse bien por falta de humedad en los terrenos bajos y llanos; ve finalmente en esas montañas las ubres que destilan esquisitos vinos, los senos que ocultan las piedras preciosas; y su corazon penetrado de religioso asombro y de reconocimiento profundo hácia el autor y regulador de la pródiga naturaleza, siempre que contempla y estudia la varia y accidentada region de la Bética, ya la considere dorando el sol las rubicundas mieses y los verdosos olivares de sus campos, ya se la imagine sumergida durante la noche en las estrelladas tinieblas del éter en que gira el orbe, ya cubierta de flores, ya envuelta en el blanco manto de las nieves que en ella rara vez se teje, aquí orlada de pámpanos, allá coronada de espigas, une el himno espontáneo de sus alabanzas á la general armonía que levantan hasta el trono del Eterno las esferas. El artista encuentra bellezas sin cuento que elevan su alma al Hacedor, en las líneas de los horizontes, en los tonos de las arboledas, de las montañas, de los celages, en los juegos de la luz sobre la rústica superficie de los montes que el ambiente interpuesto convierte en transparentes velos de plata y oro cubriendo caprichosos pabellones de raso azul. El poeta de alma ardiente é intranquila prorrumpe en cánticos de gratitud al dispensador de la paz y del descanso fascinado por el espectáculo de la llanura al caer el sol en su lecho de púrpura, á la hora en que regresa el labrador al cortijo, y el pastor á su majada, y en que se hace en los campos el religioso y elocuente silencio que invade las montañas, solo interrumpido por el toque de oraciones, el ladrido del mastin que guarda el ganado y el zumbido del insecto. El historiador y el arqueólogo, penetrados de alto respeto al entrever en los monumentos de la Bética las señales del cumplimiento de un decreto providencial ignorado, cuyo sagrado nema solo ha de abrirse á la consumacion de los siglos, se limitan á admirar la manera como se han ido sucediendo en esta region, llamada sin duda á muy excelsos fines, todos los acontecimientos mas grandes de la regeneracion del linage humano en la península Ibérica, de su preparacion para recibir la semilla fecunda del cristianismo, y de su constante fé en la civilizacion inaugurada por el Evangelio.

Decid vosotras vuestra verdadera significacion, ruinas venerandas de Carteya, carcomidos cimientos de Gádes, que dormís bajo las cerúleas

ondas del Océano, memorias enterradas de Medina-Sidonia y de Sevilla, preciosas reliquias de Itálica, modestas basílicas visigodas, ostentosos alminares africanos, grandes y magníficos templos ojivales. Revelad vosotros el secreto de las conquistas é incursiones, derrotas sangrientas, enconadas rivalidades y gloriosos triunfos que estais atestiguando. Manifestad qué destino atrajo á las costas un tiempo afortunadas de Tarteso, á los pueblos mas activos, industriosos, inteligentes y fuertes de la antigüedad: al Turdetano morigerado, al impetuoso Libio, al Griego astuto, al Celta robusto, al Rodio mareante, al Fenicio emprendedor, al Cartaginés codicioso, al Romano soberbio; y despues al Vándalo sensual, al Sarraceno vanaglorioso, al sobrio y temible Castellano.

Pero no precipitemos nuestra tarea. Estamos ya en el terreno propio del arte y de la historia: tenemos mucho que recorrer, y conviene tomar aliento antes de lanzarnos á nuestras peregrinaciones, no siempre bonancibles en la descuidada tierra donde colocaron la morada de los bienaventurados los poetas de la antigüedad.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

## CAPÍTULO I.

*Nociones geográficas y ethnológicas relativas á las dos provincias de Sevilla y Cádiz.—Sucesos memorables de los tiempos ante-históricos.—Utilidad de la fábula como auxiliar de la historia.—Los Iberos: los Turdetanos.—Inmigraciones de los Egipcios, de los Fenicios, de los Griegos y de los demás pueblos dominadores de la Bética.*

«Si alguna comarca ó porcion del globo, dice un acreditado historiador contemporáneo (1), parece hecha ó designada por el grande autor de la naturaleza para ser habitada por un pueblo reunido en cuerpo de nacion, esta comarca, este pais es la España.» Respetando nosotros la conviccion que la ha sugerido, creemos esta aseveracion inexacta, porque cabalmente, y como lo reconoce mas adelante su mismo autor, apenas podrá citarse un pais por su propia topografía mas ocasionado á las invasiones de los estraños y á presentar en cuadro confuso la coexistencia de distintos pueblos, de distintos idiomas, de diversas y variadas costumbres. Considerar los montes y los mares como obstáculos contra la poderosa actividad de las razas humanas, solo le sería lícito al hombre recién salido de las manos de su Hacedor: solo á este podría figurársele que por tener la España el antemural de los Pirineos en su union con el resto del continente, y por límites dos mares en todo lo demás de su circuito, la habia formado Dios para ser «la mansion de un pueblo aislado y uniforme, ni inquietador de los otros, ni por los otros inquietado (2).»

En los instintos naturales del ser humano hay algo sin duda que le impulsa hácia los obstáculos y dificultades para tener el placer de vencerlos. Desde los mas remotos tiempos las ásperas cordilleras y las instables ondas, fueron, si no verdaderos alicientes para las emigraciones del hombre inquieto y codicioso, por lo menos la via conocida, si bien la mas peligrosa, para la satisfaccion de esa natural codicia: porque el mismo hombre de las primeras edades debió mirar las gargantas de las unas como puertas franqueadas por la Providencia para la comunicacion con sus semejantes, y el bonancible seno de las otras como un elemen-

(1) D. Modesto Lafuente en su Historia general de España. Part. 4.<sup>a</sup>, lib. I, cap. 4.

(2) Ibid.

to análogo á la region etérea en que vive el ave, tan favorable como ella á la rápida traslacion de los seres animados. Y si al contorno natural de la España, que por hallarse rodeada de agua y dividida con una cadena de defensas y desfiladeros del gran cuerpo de Europa, parece que por levante y mediodia incita á los navegantes con sus puertos y por el septentrion provoca á sus vecinos á la amistad ó á la guerra; si á esta natural delimitacion se reúne la conformacion interior de su suelo, todo repartido y cortado por interminables ramales de montañas preñadas de ricos minerales, de sierras exuberantes en vegetales de todas las zonas, de lomas coronadas de vides que hacen de la Península como el modelo de aquellas estátuas simbólicas llenas de ubres con que los Griegos representaron á la abundancia; si finalmente á esto se agrega el ser la España por su posicion en el confin occidental de Europa, bajo un clima, templado para los habitantes de las gélidas regiones septentrionales, y fresco para los hijos de las abrasadas tierras del austro, como un punto de parada indicado por la naturaleza misma, como el término forzoso de las peregrinaciones de la raza humana al alejarse de su cuna; no sorprenderá que desde los primitivos tiempos, cuando los pueblos de los tres continentes unidos veían en los abismos del atlántico el límite del mundo habitado, fuese la Península Ibérica la meta, por decirlo así, á la cual se encaminasen en sus terribles correrías por la Escitia y la Germania, por el Asia menor, el Mediterráneo y la Libia, las impetuosas tribus nómades del Oriente. Así en efecto se verificó: mucho antes de los tiempos en que para nosotros comienzan las revelaciones históricas, ya habia en España pueblos de razas y derivaciones distintas: unos la habian invadido por el norte, otros por levante y mediodia, aquellos por las gargantas y vertientes de los Pirineos, estos por el África y el Mediterráneo, y todos al cabo de sus largas peregrinaciones venian á encontrarse en la última tierra occidental del mundo conocido, tan cercanos unos de otros como lo estaban sus diversos puntos de partida. Porque esta era como la tierra de promision y el objeto final de todos los viajes terrestres y marítimos para las razas aventureras, mientras duraba la creencia de que no habia *mas allá* tierra donde seguir fatigando: verdadero descanso para la actividad invasora de los hombres hasta que llegase el tiempo en que, regularizadas las antiguas conquistas y sazonado el fruto de la civilizacion cristiana, se revelase á la inteligencia de Colon la existencia de otro continente allende el atlántico, y desde esta

misma España, antes país de descanso, impulsase Dios las carabelas de la gran reina católica á trasponer aquellos mares, trémulas y tímidas á veces como aves que vuelan en bandada sobre un ignorado abismo.

¿Y cómo no habian de codiciar todos los pueblos antiguos la posesion de España, donde solo la Bética, prescindiendo ahora de sus otras fertilisimas provincias, abundante en toda clase de frutos, facilísima al acceso de sus naves, les brindaba con goces tales que la ardorosa imaginacion de un Homero los juzgó digno premio para las almas de los justos (1)?

Cábenles principalmente á las provincias de Sevilla y Cádiz tan especiales preeminencias. Era tal la riqueza de su suelo, que antes que aportáran en las costas andaluzas los Cartagineses, ya usaban los Turdetanos de pesebres y tinajas de plata, segun afirma Estrabon, confirmando el supuesto de no haber país en el mundo donde se halle tanta copia de metales preciosos como en España. A esto se junta, añade el célebre geógrafo, que aunque la tierra enriquecida de minerales suele en otras partes carecer de abundancia de otros frutos, y aunque es raro que una region pequeña goce de toda suerte de metales, con todo esto la Turdetania, y lo que está junto á ella, abunda en tal grado de unos y de otros bienes, que no hay alabanza digna de su escelencia. Y si esto se afirmaba de la Turdetania, en la que se halla comprendida nuestra actual provincia de Sevilla, no menores grandezas cuentan los antiguos cosmógrafos de la de Cádiz, primitivamente denominada Tartésida, pues sobre haber quien sostenga con muy plausibles argumentos ser esta region aquel Eldorado de los tiempos bíblicos que en las Sagradas Escrituras se nombra Thársis, en ella fué donde particularmente situó la fábula inspirada por las pristinas creencias la eterna primavera de los Campos Elíseos, la opulencia de Gerion y la feliz longevidad de Argantónio.

Como las provincias de Jaen y Córdoba, cuya formacion geológica ofrece á primera vista un inmenso depósito terciario dejado por la mar entre las dos largas cordilleras de los montes Marianos y del Orospeña, al retirar sus aguas despues del gran cataclismo ocurrido en nuestro globo; presenta la de Sevilla una dilatada llanura limitada por varios ramales de aquellas mismas barreras, defendida de las inclemencias del

(3) *Ibi piorum sedes. et Campum Elysium finxit*, dice Estrabon refiriéndose á Homero. Lib. III.

cierzo por una de ellas, contornada de norte á mediodia por varias corrientes de agua, y fertilizada en lo interior por un río caudaloso y sus diversos tributarios. Es la cuenca ó planicie de la campiña sevillana como un anchuroso golfo de arena, cal y arcilla, que tiene por costas los contrafuertes y estribos de las sierras Morena y de Ronda, con lomas que forman en ella suaves ondulaciones; de manera que á no ser por las poblaciones diseminadas en toda su estension y por sus arboledas, podria parecer un inmenso seno marítimo, una verdadera prolongacion de los dominios de líquida esmeralda de Neptuno cuando las lluvias autumnales cubren aquellas arcillas de espesa y sustanciosa yerba. Lo pareceria sin duda alguna recien escapada de la catástrofe del Diluvio, cuando el dedo de Dios omnipotente acababa de trazar en la superficie de la tierra con la despedazada costra de granito de la formacion primitiva y las rocas calizas de otro involucro posterior, las dos cordilleras entre las cuales se estiende. Las llanuras de Sevilla conservan casi el nivel del mar desde el punto en que el Guadalquivir se separa en tres brazos para formar las dos Islas mayor y menor, tomando por su tono gran semejanza con las Pampas de Buenos-Aires hasta terminar en las marismas frente á Lebrija, Trebejuna y los confines de la famosa bahía de Cádiz. Las dos cordilleras que abriga estas llanuras son, como dejamos indicado, de naturaleza diferente: las sierras de Constantina y de Leita, que vienen á ocupar el centro septentrional de la provincia, no presentan el aspecto risueño de la amenísima sierra de Córdoba con aquellas cañadas cubiertas de jardines, de bosques de naranjos, limoneros y toda especie de frutales. Estan mucho menos cubiertas de tierra vegetal, son mas escarpadas, desnudas y sombrías, y solo en algunos puntos aparecen pobladas de estensos bosques de robles. Una línea cuya direccion puede señalarse por Constantina, Cazalla y las alturas que van del Ronquillo á la venta de Valde-Febrero, marca la region culminante de la Sierra-Morena sevillana: esta region se eleva de mil quinientos á mil seiscientos metros sobre el suelo llano de la campiña, lleva entre sus enriscados cerros cónicos deliciosos valles y mesas que ponen de manifiesto los senos donde estacionó la mar cuando cubria todo nuestro continente, y por una disposicion particular de estos valles y de sus contrafuertes, se diferencia singularmente de todas las cadenas de montañas en general en que carece de línea de particion de aguas, de tal manera, que las corrientes como el Guadiato, el

Galapagar, el Gúezna, el Biar, la Cala y otras, naciendo en la vertiente del norte de las últimas cadenas de la sierra, atraviesan esta y su region montañosa, contornan los macizos que la forman, y vierten por el mediodia constituyendo los confluyentes de la derecha del Guadalquivir. Las sierras de Osuna, Montellano y Algodonales, que son la parte de la cordillera de Ronda comprendida en la provincia de Sevilla, presentan diversa fisonomía: el gran desarrollo de las rocas calizas les dá riscos y picachos de formas agudas y sumamente pintorescas. En una y otra cordillera se detienen como encariñadas las nubes cuando el temido solano las impele, y es frecuente hallarse las cumbres de todo el sistema montuoso de la provincia coronadas de vapores, como sombras de gigantes asomadas á la espaciosa arena de un anfiteatro, mientras por la despejada atmósfera de la llanura la inunda el sol de luz y de calor.

La falta de lluvias, consecuencia entre otras causas de la despoblacion de los bosques y grandes arbolados, mantiene la atmósfera en un estado de enrarecimiento y sequedad perjudicial para los frutos de la tierra. Las montañas pierden su vegetacion, la llanura se va lentamente despejando de su mejor gala, la temperatura va siendo cada vez mas cálida y molesta, y es de creer que el clima y el suelo de la privilegiada Bética en general haya degenerado mucho de su antigua escelencia. En los dias de Estrabon no serian por cierto las orillas del Guadalquivir lo que son ahora: porque á lo vistoso de las innumerables poblaciones que se espejaban en las márgenes de los rios, se añadía la amenidad de los *Lucos*, bosques espesos y frondosos que hermo세aban los campos, compitiendo con ellos la multitud de plantas que ceñían los cauces de las aguas, de manera que á cualquier parte donde se dirigiese la vista, hallaba recreo, ya en la variedad de las poblaciones y sus fábricas, ya en las selvas, ya en las huertas y jardines (1). No arrastrarian entonces los aluviones á los rios tanta copia de arenas desde las desnudas montañas; navegábanse la mayor parte de estos con grandes ó pequeños vasos: llegaban hasta Sevilla los mayores, desde allí á Cantillana los de menos calado, y desde Cantillana á Córdoba proseguian las barcas. Atraidas las nubes por un gran número de canales de riego, serían las lluvias mas continuas y oportunas, y raro el fenómeno, hoy

(1) *Accedit spectandi amœnitas, locis istis lucorum et alia stirpium plantatione excultis.* Estrabon, pág. 142.

por desgracia frecuente, de ver defraudadas el cultivador todas sus esperanzas cuando despues de haber prematuramente sazonado el fruto de la vid y del olivo bajo la impresion de un calor estremado, viene de repente tras un verano de sequía una importuna lluvia de agosto que abre la uva y pica la aceituna. Tampoco causaria tantos estragos como hoy el viento solano, cálido y seco, que hace acelerar en la primavera la granazon de los cereales, secarse los granos antes de tiempo semejantes á los jóvenes reducidos por los vicios á vejez prematura; que sacude con violencia las ramas en flor arrancándoles sus botones y dispersando el pólen fecundante de las que permanecen unidas á los árboles. Finalmente, cubiertos los montes y la llanura de arboledas, ni soplaría tan inclemente como ahora el viento nordeste que quema con las escarchas que produce los hermosos naranjales, ni estaria el cultivo casi exclusivamente reducido á granos y pastos, ni serian tan comunes en la estensa campiña que atraviesan el Bétis, el Genil, el Guadiato, el Guadaira, el Salado, esos eriales que de trecho en trecho la afean. Triste compensacion de los innumerables dones vertidos por la mano del Criador sobre la provincia toda, y solamente como para mostrar al viajero embelesado que no puede haber paraiso completo en la tierra, se encuentran llanuras estériles en los confines de las dos provincias de Córdoba y Sevilla, en el camino que conduce de Cantillana á la capital y en el término de Utrera. Estas llanuras, de dos y de cinco leguas, aparecen ya cubiertas de lentiscos y encinas verdes de especie ruin, ya de palmitos y de esperges salvages, verdes y blancos; ya son mustios arenales salpicados de algunos olivos secos y lacios, con los cuales la feraz naturaleza parece querer probar que ni en los mismos *desiertos* del mediodia de España sabe permanecer completamente inactiva.

La provincia de Cádiz viene á ser el último tramo del gran lecho terciario tendido entre las cordilleras hácia el lado de la mar. La vertiente meridional de las sierras de Montellano, Algodonales y Jerez, largo ramal del Orospe da que arranca en el nudo de Ronda, forma aproximadamente su límite boreal, y otro ramal que parte del mismo nudo y va acompañando la corriente del Guadiaro traspasando la region de las nubes con las agudas crestas de las sierras de Ubrique y de Gazules, contorna todo su límite oriental desde Olvera hasta Algeciras. Así, pues, esta provincia viene á formar dentro de la tenaza ú horquilla de los dos mencionados ramales del Orospe da, y con la costa marítima que consti-

tuye su tercer lado, una especie de Gran Delta semejante á la del Egipto, con la diferencia de ser allí dos brazos de un mismo rio los que dibujan con la marina el triángulo famoso, al paso que aquí son dos cadenas de montañas. Pero para los que gusten estremer las comparaciones, todavía ofrece el suelo gaditano una semejanza mas completa con la Gran Delta del Egipto, si se considera la posicion de los dos rios Guadalete y Guadiaro, que abarcando entre sus desembocaderos casi toda la costa de la provincia, se aproximan de tal manera en sus nacimientos, que parecen como los dos brazos Canópico y Agathodémon del fecundante Nilo. El Guadalete va lamiendo el pié de la cordillera del norte hasta fenecer con ella en el Puerto de Sta. María, y el Guadiaro serpentea faldeando ramales desprendidos del gigantesco S. Cristóbal.

No coinciden exactamente, sin embargo, los límites jurisdiccionales de la provincia de Cádiz con sus límites naturales: la sierra de Jerez, la ribera izquierda del Guadalquivir desde antes de juntarse en uno solo sus brazos, la sierra de Gíbalbin y el llano de Caulina, quedan dentro de ella, y su línea divisoria con Sevilla por el lado del norte va por el arroyo Romanina, los montes de Lebrija y el Salado de Moron á incorporarse con la cordillera de Montellano. Su costa marítima, por consiguiente, tampoco comienza en el Puerto de Sta. María, sino en Sanlúcar de Barrameda, ó mejor dicho en Chipiona, si se considera la distancia de Sanlúcar á esta punta como desembocadero del Guadalquivir.

No es la tierra de Cádiz tan llana como la de Sevilla: toda ella está cruzada por ramales de las dilatadas sierras que la limitan, los cuales considerados en el mapa geográfico parecen los flecos descompuestos de dos largas franjas enlazadas. Dánse la mano estos ramales unos con otros, y comparten la tierra tendida entre los dos grandes troncos de donde parten, en multitud de llanos aislados unos de otros por las cortinas y los cruceros de otras tantas sierras, de trecho en trecho ligadas como los nudos de una red. De aquí el gran número de montañas interiores que toman el nombre de sierras y puertos. Pero de todas las sierras de la provincia ninguna iguala la altivez de la llamada de *S. Cristóbal*, que tiene por base otras sierras de por sí gigantescas, las cuales parece que la estan aclamando por su rey, á la manera de los antiguos guerreros que levantaban sobre el pavés al que querian proclamar su caudillo y soberano. Este rey de las montañas es la primera que divisan los navegantes que regresan de las Américas, y desde su cúspide se

pueden distinguir con el telescopio el cabo de S. Vicente y las ciudades de Cádiz, Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga y Gibraltar.

Si á la provincia de Sevilla señaló la naturaleza la mayor y mejor parte del gran rio que en espresion de Marcial *ciñe corona de oliva* (1), para que ostentase ganados de vellon dorado y compartiese con Córdoba la fama de los ricos aceites; á la de Cádiz dió viñedos que destilan fragante ámbar y líquido topacio, montes enriscados cubiertos de vegetacion robusta, dehesas siempre verdes, huertas fertilizadas con las finísimas aguas de las sierras, y por último una espaciosa marina que con sus numerosas bahías, ensenadas, calas, estuarios y varaderos se ofrece á los mareantes del Mediterráneo y del Atlántico. El Guadalete es á la tierra de Cádiz lo que á la de Sevilla el Guadalquivir: uno y otro atraviesan la provincia que fecundan en la misma direccion de nordeste á sudoeste desembocando en el Océano, y los otros rios principales de cada provincia son sus respectivos tributarios. El *divino Bétis* (2) recibe desde que cruza el límite de la tierra de Córdoba, por la derecha numerosas corrientes, calificadas unas de arroyos y otras de riberas, y como rios de alguna importancia el Biar, el Huelva, y sobre todo el Sanlúcar ó Guadiamar (antiguo *Memuba*) que vertía su caudal en el grande y famoso lago Ligústico (hoy *Islas Mayor y Menor*), no lejos de un extenso bosque y del pueblo de SOLIA (3), en aquellos tiempos de la España romana en que la madre del sacro rio contenia menos arenas, y en que todavía duraban las dos anchurosas bocas por donde el Bétis desagaba en la mar (4). Por la izquierda recibe el Genil, *Singilis* de los

(1)

*Bætis olivifera crinem redimite corona,  
aurea qui nitidis vellera tingis aquis.*

Marcial, lib. 12, Epigr. 100.

(2)

«Y tú, *Bétis divino*,» etc. Fray L. de Leon en su famosa *profecta del Tajo*.

(3) Este bosque, uno de los famosos *lucos* de que habla Estrabon sin designar sus nombres, ha desaparecido por completo, y lo mismo el pueblo de SOLIA. En prueba de que ambos existieron, citaremos la inscripcion sepulcral que trae Florez, copiando á Caro en sus *Adiciones manuscritas*, para persuadir la identidad del Menuba con el Guadiamar:

FL. ÆMILIA. A. L. H. S. E.  
P. MARSIVS. INTER MENUBÆ.  
RIPAM. ET. LUCUM. AMPLISS.  
SOLIENSIVM ORDINIS  
INDVLGENTIA ACCEPTO LOCO  
P. S. C. B. M. D. P.  
S. T. T. L.

(4)

De estas dos bocas ó brazos que formaba el Bétis para desaguar en el Océano,

s. y c.